

BENEDICTO XVI: “HAY QUE DAR RESPUESTA A LA EMERGENCIA EDUCATIVA”

Discurso a la Plenaria del Episcopado italiano

Venerados y queridos hermanos,

en el Evangelio proclamado el pasado domingo, Solemnidad de Pentecostés, Jesús nos prometió: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14, 26). El Espíritu Santo guía a la Iglesia en el mundo y en la historia. Gracias a este don del Resucitado, el Señor permanece presente en el transcurso de los acontecimientos; en el Espíritu Santo podemos reconocer en Cristo el sentido de las vicisitudes humanas. El Espíritu Santo nos hace Iglesia, comunión y comunidad incesantemente convocada, renovada y relanzada hacia la realización del Reino de Dios. En la comunión eclesial está la raíz y la razón fundamental de vuestra reunión y de mi estar una vez más con vosotros, con alegría, con ocasión de esta cita anual; es la perspectiva con la que os exhorto a afrontar los temas de vuestro trabajo, en el que estáis llamados a reflexionar sobre la vida y sobre la renovación de la acción pastoral de la Iglesia en Italia. Agradezco al cardenal Angelo Bagnasco las corteses e intensas palabras que me ha dirigido, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos: el Papa sabe que puede contar siempre con los obispos italianos. En vosotros saludo a las comunidades diocesanas confiadas a vuestros cuidados, y extendiendo mi pensamiento y mi cercanía espiritual a todo el pueblo italiano.

Confirmados por el Espíritu, en continuidad con el camino indicado por el Concilio Vaticano II, y en particular con las orientaciones pastorales de la década apenas concluida, habéis elegido asumir la *educación* como tema principal para los próximos diez años. Este horizonte temporal está proporcionado por la radicalidad y la amplitud de la demanda educativa. Y me parece necesario ir hasta las raíces profundas de esta emergencia para encontrar también las respuestas adecuadas a este desafío. Yo veo en él sobre todo dos. Una raíz esencial consiste – me parece – en un falso concepto de autonomía del hombre: el hombre debería desarrollarse solo por sí mismo, sin imposiciones por parte de los demás, los cuales podrían asistir a su autodesarrollo, pero no entrar en este proceso. En realidad, es esencial para la persona humana el hecho de que llega a ser ella misma sólo desde el otro, el “yo” se convierte en sí mismo sólo desde el “tu” y desde el “vosotros”, está creado para el diálogo, para la comunión sincrónica y diacrónica. Y sólo el encuentro con el “tu” y con el “nosotros” abre el “yo” a sí mismo. Por ello la llamada educación antiautoritaria no es educación, sino renuncia a la educación: así no nos es dado lo que nosotros debemos dar a los demás, es decir, este “tu” y “nosotros” en el que el “yo” se abre a sí mismo. Por tanto un primer punto me parece este: superar esta falsa idea de autonomía del hombre, como un “yo” completo en sí mismo, mientras que llega a ser “yo” también en el encuentro colectivo con el “tu” y con el “nosotros”.

La otra raíz de la emergencia educativa yo la veo en el escepticismo y en el relativismo o, con palabras más sencillas y claras, en la exclusión de las dos fuentes que orientan el camino humano. La primera fuente debería ser la naturaleza según la Revelación. Pero la naturaleza es considerada hoy como algo puramente mecánico, y que por ello de su

ser no procede orientación alguna. La Revelación se considera o como un momento del desarrollo histórico, y por tanto relativo, como todo el desarrollo histórico y cultural, o – se dice – quizás hubo revelación, pero no abarca contenidos, sólo motivaciones. Y si callan estas dos fuentes, la naturaleza y la Revelación, también la tercera fuente, la historia, deja de hablar, porque también la historia se convierte sólo en un aglomerado de decisiones culturales, ocasionales, arbitrarias, que no valen para el presente y para el futuro. Es fundamental por tanto volver a encontrar un concepto verdadero de la naturaleza como creación de Dios que nos habla; el Creador, a través del libro de la creación, nos habla y nos muestra los verdaderos valores. Y después también volver a encontrar la Revelación: reconocer que el libro de la creación, en el que Dios nos da las orientaciones fundamentales, está descifrado en la Revelación, está aplicado y hecho propio en la historia cultural y religiosa, no sin errores, pero de una manera sustancialmente válida, que cada vez hay que desarrollar y purificar. Así, en este “concierto” – por así decirlo – entre creación descifrada en la Revelación, concretada en la historia cultural que siempre va adelante y en la que volvemos a encontrar siempre el lenguaje de Dios, se abren también las indicaciones para una educación que no es imposición, sino realmente apertura del "yo" al "tu", al "nosotros" y al "Tu" de Dios.

Por tanto las dificultades son grandes: volver a encontrar las fuentes, el lenguaje de las fuentes, pero siempre conscientes del peso de estas dificultades, no podemos ceder a la desconfianza y a la resignación. Educar no ha sido nunca fácil, pero no debemos rendirnos: minusvaloraríamos el mandato que el Señor mismo nos ha confiado, llamándonos a apacentar con amor a su rebaño. Despertemos más bien en nuestras comunidades esa pasión educativa, que es una pasión del “yo” por el "tu", por el "nosotros", por Dios, y que no se resuelve en una didáctica, en un conjunto de técnicas ni tampoco en la transmisión de principios áridos. Educar es formar a las nuevas generaciones, para que sepan entrar en relación con el mundo, fuertes en una memoria significativa que no es sólo ocasional, sino acrecentada por el lenguaje de Dios que encontramos en la naturaleza y en la Revelación, por un patrimonio interior compartido, por la verdadera sabiduría que, mientras reconoce el fin trascendental de la vida, orienta el pensamiento, los afectos y el juicio.

Los jóvenes tienen una sed en el corazón, y esta sed es una demanda de significado y de auténticas relaciones humanas, que ayuden a no sentirse solos ante los desafíos de la vida. El deseo de un futuro, hecho menos incierto por una compañía segura y afidable, que se acerca a cada uno con delicadeza y respeto, proponiendo valores firmes a partir de los cuales crecer hacia metas altas pero alcanzables. Nuestra respuesta es el anuncio del Dios amigo del hombre, que en Jesús se hizo cercano a cada uno. La transmisión de la fe es parte irrenunciable de la formación integral de la persona, porque en Jesucristo se realiza el proyecto de una vida lograda; como enseña el Concilio Vaticano II, "quien sigue a Cristo, el hombre perfecto, se convierte también él en hombre" (*Gaudium et spes*, 41). El encuentro personal con Jesús es la clave para intuir la relevancia de Dios en la existencia cotidiana, el secreto para empeñarla en la caridad fraterna, la condición para levantarse siempre de las caídas y moverse constantemente a la conversión.

La tarea educativa, que habéis asumido como prioritaria, valora signos y tradiciones, de los que Italia es tan rica. Necesita lugares creíbles: ante todo la familia, con su papel peculiar e irrenunciable; la escuela, horizonte común más allá de las opiniones ideológicas; la parroquia, “fuente del pueblo”, lugar de experiencia que inicia a la fe en el tejido de las relaciones cotidianas. En cada uno de estos ámbitos es decisiva la calidad del testimonio, vía privilegiada de la misión eclesial. La acogida de la propuesta cristiana pasa, de hecho, a través de relaciones de cercanía, lealtad y confianza. En un

tiempo en el que la gran tradición del pasado corre el riesgo de quedarse en letra muerta, somos llamados a acercarnos a cada uno con disponibilidad siempre nueva, acompañándolo en el camino de descubrimiento y asimilación personal de la verdad. Y haciendo esto también nosotros podemos redescubrir de forma nueva las realidades fundamentales.

La voluntad de promover una renovada etapa de evangelización no esconde las heridas por las que la comunidad eclesial está marcada, por la debilidad y el pecado de algunos de sus miembros. Esta humilde y dolorosa admisión no debe, sin embargo, hacer olvidar el servicio gratuito y apasionado de tantos creyentes, a partir de los sacerdotes. El año especial dedicado a ellos ha querido constituir una oportunidad para promover su renovación interior, como condición para un más incisivo empeño evangélico y ministerial. Al mismo tiempo, nos ayuda también a reconocer el testimonio de santidad de cuantos – a ejemplo del Cura de Ars – se consumen sin reservas para educar en la esperanza, en la fe y en la caridad. A la luz de esto, lo que es motivo de escándalo, debe traducirse para nosotros en una llamada a una “profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender por una parte el perdón, pero también la necesidad de la justicia” (Benedicto XVI, *Entrevista con los periodistas durante el vuelo a Portugal*, 11 de mayo d 2010).

Queridos hermanos, os animo a recorrer sin dudar el camino del compromiso educativo. Que el Espíritu Santo os ayude a no perder nunca la confianza en los jóvenes, os empuje a salir a su encuentro, os lleve a frecuentar sus ambientes de vida, incluyendo el constituido por las nuevas tecnologías de comunicación, que ya permean la cultura en todas sus expresiones. No se trata de adecuar el Evangelio al mundo, sino de sacar del Evangelio esa perenne novedad, que permite en cada tiempo encontrar las formas adecuadas para anunciar la Palabra que no pasa, fecundando y sirviendo a la existencia humana. Volvamos, por tanto, a proponer a los jóvenes la medida alta y trascendente de la vida, entendida como vocación: llamados a la vida consagrada, al sacerdocio, al matrimonio, sepan responder con generosidad a la llamada del Señor, porque sólo así podrán coger lo que es esencial para cada uno. La frontera educativa constituye el lugar de una amplia convergencia de intenciones: la formación de las nuevas generaciones no puede, de hecho, no importar a todos los hombres de buena voluntad, interpelando la capacidad de la sociedad entera de asegurar referencias afiables para el desarrollo armónico de las personas.

También en Italia la época actual está marcada por una incertidumbre sobre los valores, evidente en la dificultad de tantos adultos de mantener los compromisos asumidos: esto indica una crisis cultural y espiritual, tan seria como la económica. Sería ilusorio – esto quisiera subrayarlo – pensar en responder a una ignorando a la otra. Por esta razón, mientras renuevo la apelación a los responsables de los asuntos públicos y a los empresarios a hacer todo lo que esté en sus posibilidades para amortiguar los efectos de la crisis ocupacional, exhorto a todos a reflexionar sobre los presupuestos de una vida buena y significativa, que fundan esta autoridad que por sí sola educa y vuelve a las verdaderas fuentes de los valores. A la Iglesia, de hecho, le preocupa el bien común, que nos compromete a compartir recursos económicos e intelectuales, morales y espirituales, aprendiendo a afrontar juntos, en un contexto de reciprocidad, los problemas y los desafíos del país. Esta perspectiva, ampliamente desarrollada en vuestro reciente documento sobre *Chiesa e Mezzogiorno* (La Iglesia y el Sur de Italia, n.d.t.), encontrará una profundización posterior en la próxima *Semana Social de los católicos italianos*, prevista en octubre en Reggio Calabria, donde, junto a las mejores fuerzas del laicado católico, os empeñaréis en marcar una agenda de esperanza para Italia, para que

"las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables" (Enc. *Deus caritas est*, 28). Vuestro ministerio, queridos hermanos, y la vivacidad de las comunidades diocesanas a cuya guía habéis sido puestos, son la mayor seguridad de que la Iglesia seguirá ofreciendo responsablemente su contribución al crecimiento social y moral de Italia.

Llamado por gracia a ser Pastor de la Iglesia universal y de la espléndida Ciudad de Roma, llevo constantemente conmigo vuestras preocupaciones y vuestras esperanzas, que en los días pasados deposité – con las de la humanidad entera – a los pies de la Virgen de Fátima. A ella va nuestra oración: "Virgen Madre de Dios y nuestra queridísima Madre, que tu presencia haga volver a florecer el desierto de nuestras soledades y brillar el sol sobre nuestras oscuridades, haga volver la calma después de la tempestad, para que todo hombre vea la salvación del Señor, que tiene el nombre y el rostro de Jesús, reflejado en nuestros corazones, por siempre unidos al suyo. Amén" (*Fátima*, 12 de mayo de 2010). Os doy las gracias y os bendigo de corazón.